

CAPÍTULO I

Magali salió de su país a los diecinueve años sin conocer más vida que la que transcurría en los límites de su comunidad. La descomunal realidad que se le venía encima habría sido una amenaza para alguien tan joven e inocente, pero, lejos de amilanarse, afrontó el cambio como una increíble oportunidad de alterar el rumbo de su destino.

Fue la muerte del padre lo que la obligó a partir en busca de una fuente de ingresos más próspera que garantizara la supervivencia de su madre y sus hermanos pequeños. La casa y las tierras exiguas sirvieron de garantía para un préstamo, sin nada más que aportar a cambio de unos intereses leoninos. Reunieron el dinero suficiente y compraron un billete a Madrid a través de una agencia que le facilitó la documentación necesaria para un futuro mejor.

Desde el coche que la llevó hasta el aeropuerto de la capital de su país comprobó la altura de los edificios que había visto por televisión y el caos del tráfico. Junto a la magia de volar, la experiencia le provocó tal estado de excitación que no pegó ojo en todo el viaje hasta España.

Una corriente eléctrica la había empujado hacia la aventura que en su ingenuidad esperaba llena de buenas perspectivas. Poco imaginó del contraste al que se enfrentaría,

de los imprevistos que la esperaban y las adversidades que debería sortear.

Magali pisó suelo español en marzo de dos mil cuatro. Al llegar, apreció más que nunca el proyecto de la ONG que enseñaba a leer a los niños en su región, convenciendo a los padres de que prescindieran durante unas horas de una mano de obra muy valiosa para el campo. Tan solo contaba con una bolsa de tela gruesa donde guardaba la poca ropa que tenía, el pasaporte y la carta de invitación. Documentos de los que conoció su valor unos días antes. Llevaba escondido algo de dinero que la ayudaría durante el primer mes y una dirección: el domicilio de Betania, una vecina de su localidad que llegó el año anterior.

La joven se atrevió a utilizar las escaleras mecánicas imitando a otros viajeros y en el control de pasaportes preguntó muerta de vergüenza cómo llegar hasta la calle que llevaba escrita en un papel. Había tenido pocas oportunidades de aprender a sonreír, pero la efervescencia en sus ojos reveló la ilusión de iniciar una vida prometedora. Ese candor ablandó al policía encargado que, en otras circunstancias, se hubiera limitado a comprobar la validez de sus papeles e impedir la entrada de otro inmigrante. Pero, cuando advirtió que era el día de su cumpleaños, le brindó toda la información para llegar a su destino:

—Felices diecinueve. Ten mucho cuidado ahí fuera, jovencita. No todo el mundo va a querer ayudarte.

Nadie, ni siquiera su madre, había mostrado hasta ese momento algo de ternura por ella. Aunque el cura y los voluntarios de la ONG se cercioraron de que la agencia intermediaria actuara dentro de los límites legales y que el hombre que la llevó hasta el aeropuerto fuera de fiar, no hubo abrazos ni despedidas cuando se subió al auto para alejarse de todo lo que conocía.

Magali siempre estuvo sola. Aprendió a trabajar y a ocuparse de sus hermanos sin recibir jamás una muestra de consideración o afecto. Mientras los niños se criaban en sus

brazos inmaduros, la rudeza de la tierra en la que vivían trascendía a sus habitantes en cuanto el campo los reclamaba para hacerlos adultos de golpe. Sin embargo, ella logró crear un calor de hogar que perdía temperatura cuando sus padres regresaban, y cuidaba de los suyos con el cariño que hubiera deseado recibir.

El trayecto en autobús desde el aeropuerto hasta la gran ciudad resultó tan emocionante como el viaje en avión. Madrid despertaba ante sus ojos con el azul del cielo surcado de estelas y lo insólito de su perfil urbano. Miraba embobada hasta los adoquines de las aceras, que le parecían perfectamente alineadas. Llegó a la avenida de América, nombre que tomó como un buen augurio, y se dirigió al metro, tal como le indicó el agente de policía.

Ella misma se asombró de su capacidad para desenvolverse en un entorno tan distinto al que estaba acostumbrada. Había hecho bien saliendo de su pueblo, de su país, y todo sería para mejor.

Hizo trasbordo en la estación de Bilbao y se bajó en Tirso de Molina, donde el olor a hachís, humo y café le dio la bienvenida. No solo no le disgustó, sino que lo aceptó como parte de su nuevo paisaje. Preguntó a una mujer cargada con bolsas cómo llegar a la calle de los Cañizares, donde la esperaba Betania, su único contacto en Madrid.

Era un domingo temprano por la mañana. Había basura sin recoger en las calles y en los bares desayunaban los parroquianos habituales. Subió por la acera de Casa Patas, donde alguien barría la entrada con el cierre a medio echar. Magali sonrió con sus ojos a todo el que se cruzó en el camino, reprimiendo las ganas de decirles lo bello que le parecía lo que contemplaba.

En el telefonillo del portal buscó el botón del 1.º B después de intentar abrir la puerta sin éxito. No sabía bien cómo funcionaba aquel aparato, pero ya se encargó Betania de advertirle. Sonó un zumbido y el portón de madera se abrió, dando paso a un gran zaguán poco iluminado. A su derecha,

unas escaleras y lo que más tarde descubriría como un ascensor enrejado. Escuchó el trotar de unos pasos escalones abajo y apareció su amiga:

—¡Magali! ¡Llegaste! — Betania la estrujó entre sus brazos para su sorpresa, poco acostumbrada a las muestras de cariño—. ¡Bienvenida a Madrid! Ven por acá. Déjame ayudarte con la bolsa.

Subieron al primero saltando los escalones de dos en dos, recorrieron un oscuro pasillo y entraron en un piso de techos altísimos y amplias ventanas que ocupaban casi toda la fachada. Magali no conseguía cerrar la boca cuando se encontró en el salón con un grupo de personas sentadas a la mesa.

—Ellos son mis compañeros de piso — Betania fue señalándolos—: Abdul, su mujer Fátima y su hijo Said; Rigo, Andrés y Elia. Faltan Yusuf, que trabaja de noche y está durmiendo, y Brenda, que hoy le tocaba *currar*.

Todo iba muy deprisa. Magali no respondió cuando cada uno de los presentes se levantó a darle la bienvenida a la familia con un abrazo. Demasiadas emociones, demasiado afecto para evitar que se le humedecieran los ojos.

—Es un camino largo desde casa, aquí encontrarás calor — dijo Fátima con las palmas de las manos unidas, erigiéndose en la figura materna de aquella familia de extraños.

Betania la llevó al cuarto que compartirían, una escueta habitación con un colchón grande en el suelo que dejaba el espacio justo para pasar. Había un espejo en la pared con los bordes desconchados, una banqueta y un perchero con una barra de donde colgaba la ropa de Betania, que se preocupó de hacer hueco para la de Magali. Debajo, sobre el suelo, se amontonaban camisetas, jerséis y algunos zapatos.

Más de lo que nunca tuvo.

La luz descarada de la mañana entraba por la ventana con vistas a un patio amplio, y el dormitorio se convirtió en un pequeño palacio.

—Es lindo, ¿verdad? —Betania no le dio opción a responder—. Acostumbradas a dormir toda la familia en la misma estancia, acá estaremos bien tranquilas.

Agarró a Magali para sacarla al pasillo y mostrarle el cuarto de baño que les correspondía:

—¡Mira, las mujeres tenemos *bañadera*! Tuve mucha suerte encontrando este piso y a esta gente. —La tomó de las manos y la miró a los ojos—. Me alegro de que ahora estés tú también.

Magali se contagió del entusiasmo de su amiga, no se creía su suerte, y se abrazó a ella. Llevaba pocas horas en Madrid y el pasado quedó tan lejano como la distancia que la separaba de su familia. Atrás dejó aquella otra mañana que decidió su destino.

Ese día, muy temprano también, cuando el sol apenas despuntaba por el horizonte, un frío inusual en la cama despertó a Úrsula, su madre. A su lado, junto a sus hijos más pequeños, yacía inerte su marido, Delcio.

Aquello solo vino a complicar aún más la situación de la familia. No tenían comodidades en la casa, donde vivían más personas de las que cabían, y todos, sin distinción de sexo o edad, se ocupaban de lo único que poseían, un trozo de tierra.

Así habían vivido siempre, desde que Úrsula se quedó embarazada con quince años. Para entonces era ya toda una mujer. Trabajaba en el campo con su familia desde pequeña, recolectando cacao, maíz y yuca, y cuidaba del escaso corral que poseían. Era el año mil novecientos ochenta y cinco, la electricidad aún llegaba con dificultad a aquel territorio húmedo y el agua se sacaba de un pozo cercano a la vivienda.

No obstante, conocían bien la televisión, aunque no pudieran permitirse el lujo de tener un aparato propio. Los domingos por la tarde se reunían mujeres y niños en la parroquia después de misa para ver la telenovela en el televisor de tubo que el cura tenía en la sacristía. Si no llovía, lo sacaban fuera, al terreno baldío delante de la iglesia de adobe, y

se sentaban a disfrutar de ese momento de asueto en el que se enfrascaban en melodramas imposibles.

Los hombres se perdían en la cantina mientras tanto.

Úrsula sacó el nombre de su hija de uno de aquellos culebrones.

Magali. Sin acento.

Se enamoró del significado que le daban en la historia, «hija de la luz».

Estaba embarazada de Delcio, un joven que dispuso de ella cuando le vino en gana, sin mediar cortejo, pero que la tomó como esposa simplemente acogiéndola en su casa y reconociendo a la criatura que había engendrado.

Concibió cinco hijos más con Úrsula que sobrevivieron al parto, una victoria en el inicio de sus vidas. Delcio era un padre cordial y jugaba con sus hijos al volver del campo si le quedaba tiempo y energía. También fue buen marido. No trató mal a su esposa, aunque el amor se demostraba proveyendo a la familia.

Salvo algunas noches, los hijos casi ni lo veían durante la semana hasta que cumplieron la edad para acompañarle a trabajar, ocho años si el niño estaba sano.

La infancia, como tal, era un lujo igual que la televisión.

Úrsula trabajaba junto a su marido en los cultivos, aunque estuviera recién parida, con el bebé de turno amarrado al regazo por el aguayo y algún otro a su espalda. Hacía lo mismo que una zarigüeya que carga a sus crías sobre su cuerpo mientras va de un lado a otro; una mamá mochilera, como les decían allá.

Magali, la mayor, cuidó de sus hermanos en cuanto fue capaz de hacerse cargo de la casa y de un pequeño terreno. Cultivaban las hortalizas que la tierra concedía y con ellas se alimentaban. Aún estaba aprendiendo a sobrevivir en un entorno fuera de su altura, rodeada de los peligros de la cocina y sus utensilios, y ya se ocupaba de sus propios hermanos. Los niños se criaban entre polvo y mocos, pero Magali les entregaba su cariño cuando las tareas se lo permitían.

Los domingos se juntaba con algunos jóvenes, como Betania, una de las hijas del vecino más próximo. La historia de sus madres estaba destinada a reproducirse en las hijas y solo la información que les llegaba entonces frenaba su suerte. Porque los muchachos aprovechaban para dar rienda suelta a sus deseos en cuanto podían, pero ellas temían repetir los mismos errores. De todos modos, cada vez quedaban menos posibilidades, bien porque la juventud emigraba o porque formaba familia propia antes de tiempo. Lo bueno de vivir en comunidad era que los lazos no se perdían, incluso en la distancia, y se establecía una red de ayuda entre los que emprendían la ruta de la migración.

En Madrid su apoyo, por supuesto, fue Betania, que salió también acuciada por la pobreza. Bajo los techos altos del piso de la calle de los Cañizares, Magali no veía ya a la niña cetrina y apagada con la que jugaba en el pueblo. Su piel se veía limpia, su cabello azabache relucía y sus rasgos latinos se acentuaron con una sonrisa abierta y plácida. Estaba más estilizada, más sofisticada a sus ojos, y había perdido hasta el acento que las hermanaba. Aun así, el pasado y el desarraigo común se manifestaron en el cariñoso recibimiento a su nueva vida.



Carolina siempre fue una buena chica. Con los cuarenta años a la vuelta de la esquina, algo en su interior le hizo plantearse qué significaba eso exactamente.

Si le hubieran preguntado a su padre, habría enumerado todo lo que esperaba de ella. Un novio formal, una boda por la Iglesia, un puñado de críos conjuntados y una casa con jardín rodeada por una valla blanca de madera. A pesar de sus esfuerzos, Carolina no consiguió nada de aquel listado de perfección. Lo único de lo que su padre estaba orgulloso era de la carrera profesional que había logrado. Un puesto directivo en un banco, algo que le permitía presumir ante

los amigos del club. Aunque dejó claro que habría preferido tener una hija juez.

¿Realmente era eso a lo que aspiraba ella? Vivía sola con su perra, tenía un novio insustancial y un trabajo que no le llenaba. ¿O era al revés? No tenía nada claro. A esas alturas seguía sin saber qué hacer con su vida. Se sentía frustrada por no cumplir las expectativas de los demás, pero le daba miedo afrontar cuáles eran las suyas.

Sin tener ni idea del rumbo que debía tomar, de lo único que estaba segura era de que algún día sería madre.

No era una obsesión, ni un deseo feroz. Antes saludaría a un perro que a un bebé, porque le enternecían mucho más. Sin embargo, llegados a este punto en la vida, el reloj biológico tan olvidado empezó a dar sus campanadas con insistencia. Y no sabía cómo ponerlo en silencio.

Esta circunstancia chocaba con un hecho, más o menos científico, que debería ser digno de estudio por alguna universidad. Carolina pensaba que algunas mujeres nacían con un gen para enamorarse –y quedarse colgadas– de lo mejorcito de cada familia. Ese espécimen solía ser un hombre narcisista, inmaduro, atractivo, arrogante y algo canalla. Su currículum sentimental se plagaba de aquellos tipos. Estaba convencida de que tenía un ojo desenfocado para el amor. La única propuesta de matrimonio que recibió se la hizo un hombre casado; otro de sus novios, el más inmaduro de todos, tuvo la feliz idea de plantearle tener un hijo con él.

Aunque le costara reconocerlo, esos hombres definieron su vida, por un motivo u otro. Quien dice motivo, dice desengaño, porque salió herida y algo más insegura de todas aquellas relaciones. Tanto le marcaron que, sin darse cuenta, le servían de punto de referencia para recordar los años, los eventos o las anécdotas. Su memoria quedó asociada a la pareja que tenía en cada momento: «Esto sucedió en dos mil uno porque entonces estaba con X» o «Viajé a Cancún con Y». Dejó que su vida transcurriera por una cronología de amores decepcionantes.

En definitiva, Carolina era una mujer atractiva de casi cuarenta años con algo de sobrepeso, bastantes inseguridades, un piso con hipoteca, una perra mestiza, un trabajo bien remunerado y un novio que no estaba a la altura.

También tenía un deseo enorme de amar y, por supuesto, de ser amada. Fantaseaba con las películas románticas en las que, tras superar múltiples conflictos, la protagonista encontraba al hombre que daba sentido a su vida. Quizá aquello fuera ficción y se resistía a entender que el salvavidas debía ponerlo ella misma. Era una más de tantas damnificadas por el amor romántico.

Alfonso, desde luego, no llegó para salvarla, ni tenía claro dónde encontrar el sentido de la vida de nadie, ni tan siquiera de la suya. Su novio parecía un chico perfecto. Buena familia, buen trabajo, buena presencia y, por supuesto, inmaduro. Muy inmaduro. Tenía cuarenta y dos años, sin una relación que le hubiera durado más de dos hasta entonces. Tampoco Carolina había batido récords de permanencia en sus historias previas, ni compartió piso con ninguno de sus novios, pero en algún momento debió creer que ella y Alfonso estaban destinados a cambiar el rumbo de sus vidas.

Manténían lo que su padre llamaba una relación moderna, porque, después de dos años y medio, no estaban aún comprometidos, no se habían embarcado en la compra de una casa y, por supuesto, no tenían fecha para ningún paso decisivo en su vida en común.

En realidad, tampoco existía ese proyecto en común. Trabajaban como fieras durante la semana, intercambiaban algún mensaje o llamada y se veían los viernes. El resto del fin de semana, si él no iba de caza, sus planes eran poco emocionantes. Siempre lo que él dispusiera, pocas veces con los amigos de Carolina, y casi nunca en casa de ella, donde le molestaba la sola presencia de su perra, Brisa, que disfrutaba llenando de pelos y olores la ropa de Alfonso.

Para sorpresa de todos y de ella misma, su novio anunció que le había organizado una fiesta por los cuarenta años. Sería unos días antes de su cumpleaños, cuando a él le vino bien. Alfonso mantuvo los pormenores en secreto y se apoyó en los amigos de Carolina, Isabel y Pablo, pero se aseguró de insistir en su increíble acto de amor, no fuera que ella no apreciase suficientemente el esfuerzo. Cada detalle estaba pensado para que la fiesta saliera como él deseaba.

Eligió, incluso, un precioso vestido largo para su novia en un tono rosa pálido, abotonado hasta el cuello, que no le favorecía nada, a juego con unos pendientes de perlas salvajes. Con semejante conjunto, la imaginación de Carolina se disparó al verse así vestida. Creyó sentir unas leves mariposas y pasó toda la fiesta en una nube, fantaseando con una posible propuesta de matrimonio.

La decepción fue aplastante cuando lo único que Alfonso le ofreció fue la tarta con cuarenta velas, mientras los invitados ondeaban una bengala en la penumbra y coreaban el cumpleaños feliz. Al ir a soplar las velas, Isabel gritó:

—¡Carolina, pide un deseo! ¡Uno de verdad!

Las mariposas resultaron ser polillas revoloteando alrededor de una luz en su interior que hizo clic. Se tragó las lágrimas, metió tripa y sopló con todas sus fuerzas, llevándose por delante las cuarenta llamas de la tarta de Alfonso. Sus padres aplaudieron orgullosos cuando él la tomó de la cintura y la besó en los labios sin pasión. Con la excusa de quitarse los zapatos, Carolina se retiró a una butaca. Tocó tierra con sus pies descalzos y contempló toda la farsa que la rodeaba.

¿Quién era esa chica minúscula de mofletes rosados que sonreía sin ganas entre los brazos de Alfonso? ¿Dónde estaban sus ilusiones, sus deseos, su autoestima? Y el amor, ¿dónde lo había olvidado?

Solamente Isabel y Pablo parecían entender que allí no estaba ella. Se bebió de un trago la copa de champán que

le acercó Alfonso, se desembarazó como pudo de él y fue hacia sus amigos.

—Vamos a la barra a por una copa, chicos. No puedo más.

Logró desabrocharse los primeros botones de aquel vestido asfixiante hasta dejar entrever un escote generoso y abrazó a los que mejor la conocían. Esa liberación fue suficiente para que diera comienzo la fiesta de verdad. Bebieron y rieron sin límite esa noche. Algunos viejos amigos se unieron a la llamada de la juventud, además de Roberto, el novio de Isabel, y Héctor, el de Pablo.

Alfonso permanecía envarado junto a sus padres, los de ella y algún que otro asistente que Carolina jamás habría invitado. Su mirada perpleja, casi inquisidora, la seguía, y a ella le dio igual. Pidió un cambio de música y, al son de todas las canciones que solía bailar con sus amigos en sus noches de juerga por Chueca cuando aún eran libres, dio un giro a una velada que prometía ser tan plomiza como su futuro junto a Alfonso.

CAPÍTULO 2

Magali acudió a la agencia de empleadas de hogar donde Betania consiguió su trabajo un año antes. Le hicieron la ficha y programaron varias entrevistas para esa misma tarde y la mañana siguiente. La joven aún no sabía bien cómo desplazarse por la ciudad, pero con las indicaciones de su amiga logró llegar hasta las casas donde la esperaban.

Betania le advirtió sobre qué decir y qué no, cuáles serían las posibles preguntas y qué respuestas las más adecuadas. Magali nunca había tenido que exponerse a una situación tan intimidante, pero con una determinación inusual, demostrada al aterrizar en un país extraño, afrontó cada entrevista como si conociera a la perfección el trabajo, y no mentía.

En todas las visitas quedaron en comunicarse con la agencia, así que esperó a que le informaran si había superado alguna de las pruebas. Al fin recibió la ansiada respuesta un par de días más tarde. Una nueva cita en una casa de la colonia El Viso, adonde llegó diez minutos tarde la primera vez porque no encontraba la salida correcta del metro y se perdió entre el enjambre de calles del barrio. Fue la única entrevista que no realizó la señora de la casa, sino la cocinera, que se presentó de este modo a sí misma después de reprenderla por su retraso y advertirle de que esa actitud no

era tolerada en una casa seria. Pero, por algún extraño motivo, la mujer había mostrado interés y la convocó de nuevo.

En esta ocasión llegó pronto. Esperó en la calle junto a la puerta para llamar puntual sin parecer ansiosa.

Solo en alguna telenovela de los domingos había visto una casa como aquella, tan blanca, con las contraventanas verde oscuro y ese aire señorial. El portón exterior, de hierro forjado, daba paso a unos escalones que ascendían hasta la entrada, coronada con un tejadillo que cubría la mitad del rellano. La puerta era del mismo color de las contraventanas, con un llamador de bronce en forma de puño, viejo y sin brillo, que no se atrevió a tocar. Recordó que el timbre lo tapaba un arbusto descuidado en una maceta de grandes dimensiones.

Enseguida abrió la cocinera con un trapo en las manos y le dio paso hasta el *office*, igual que la vez anterior.

—Aprendes rápido. No me equivoqué contigo. —Se secó las manos mientras le indicaba—. El horario es de nueve a siete de la tarde de lunes a viernes, y algunos sábados de diez a dos; no debes hacer ruido hasta que la señora se haya levantado. Tendrás tus propias llaves para que no tengas que llamar al timbre. No las pierdas o te las descontaré del sueldo.

Magali escuchó con toda atención, de pie frente a aquella mujer solemne.

—Debes limpiar y ordenar el salón en cuanto llegues y, después, toda la planta principal. Nada de aspiradora si no te lo indico. Si rompes algo, me lo dices, que no tenga que descubrirlo por mi cuenta. Pero confío en que te esmeres.

—La mujer permanecía con los brazos cruzados y el gesto severo—. La cocina es mi territorio, yo me hago cargo.

»Una vez que la señora se haya levantado, debes dejar lo que estés haciendo y subir a limpiar y recoger la planta de arriba. Las sábanas se cambian una vez a la semana, las toallas, cada dos días, ya te diré dónde encontrar las limpias.

Si la señora termina de desayunar y tú sigues arriba, bajas inmediatamente.

Recitaba las instrucciones entre las paredes de azulejo blanco como una cantinela, hasta que cambió el tono.

— Ante todo, necesitamos una persona discreta. Que no se note que estás. No comentes lo que veas ni, mucho menos, opines o juzgues. Oír, ver y callar, que decía mi madre. Tendrás media hora para comer y otros treinta minutos de descanso. Durante el trabajo, podrás descansar también, esto no es un cuartel, pero no quiero holgazanas en esta casa.

Magali necesitaba ese trabajo y aquel no parecía un mal lugar.

— Puedes llamarme Sagrario. — La supuesta cocinera suavizó la voz mientras retiraba una silla para sentarse —. Estoy aquí para ayudarte, pero siempre con respeto. Pareces una chiquilla de fiar, creo que nos llevaremos bien.

A Magali no le daba miedo el trabajo, ni una vivienda tan grande, y Sagrario, aunque firme, parecía una buena mujer. Le recordaba en cierta medida a su abuela, aunque con más envergadura que aquella india afable de manos ásperas y corazón cálido que la acogía en su regazo durante horas. Sagrario hizo un comentario más antes de entregarle el uniforme de trabajo:

— Por si no lo sabes, esta es la residencia de la famosa Olvido Requena. — Magali la miró inexpresiva —. Veo que no sabes quién es. Esta juventud... Ha sido y seguirá siendo la mejor cantante de copla y la actriz más grande que ha dado este país. Así que espero respeto y discreción, insisto.

Pese a la dificultad para sonreír abiertamente, Magali inició la jornada tarareando una cancioncilla que había oído esos días. Su futuro estaba resuelto. Enviaría dinero a su familia y aún le sobraría para vivir en Madrid, una ciudad que la tenía encandilada.

No le importó que la mesa central del salón tuviera cercos por los vasos y las botellas vacías. Los cojines estaban por el suelo y el olor a tabaco impregnaba los cortinones adamas-

cados de las ventanas. Admiró la belleza de los muebles, de las lámparas y los tejidos que lo adornaban; era como estar viviendo dentro de un decorado, y eso hacía el día más corto.

Durante sus idas y venidas al trabajo en metro, observaba a los pasajeros: cómo iban vestidos, qué leían, qué escuchaban, sus caras de sueño o de desgana. En Madrid poca gente sonreía, como en su pueblo.

Cuando brillaba el sol, salía un poco antes de casa para ir en autobús y no perderse el paisaje urbano y su gente. Se le antojaba que la luz en la cara daba un aspecto menos enojado a todas esas personas.

Bajaba en Nuevos Ministerios y caminaba hasta El Viso admirando las casas a su paso. La tranquilidad de las calles estrechas, con los árboles frondosos, las fachadas pintadas de blanco o colores tierra y las vallas tan cuidadas le hacían sentir que el viaje a España había merecido la pena.

Además, la convivencia en el piso de Lavapiés no podía ser mejor. Cada uno se hacía cargo de lo suyo y las zonas comunes se limpiaban por turnos. Se reunían para cenar y compartir sus alimentos, así como sus penas y alegrías. La cocina era un popurrí de aromas del mundo, donde se mezclaban fragancias, ritos y sabores, del mismo modo que las voces y los acentos. Acercaban así sus raíces a la realidad que les había alejado de ellas.

Aunque todos en el piso coincidían en un mismo objetivo —sobrevivir y enviar dinero a la familia—, ninguno estaba dispuesto a renunciar a la diversión de los fines de semana. Las más animadas eran Elia y Brenda, algo mayores que Magali, y los hombres, que rondaban los treinta. Abdul y Fátima, con su hijo Said, llevaban una vida más tranquila. La presencia de un niño en la casa estableció como norma no escrita la prohibición de hacer fiestas o llevar gente para pasar la noche. No era de extrañar que en el edificio estuvieran encantados de tener unos inquilinos tan pacíficos.

Magali dedicó los primeros fines de semana a pasear por Madrid junto a Betania, hasta cobrar su sueldo. Nunca

había dispuesto de tiempo para ella, siempre pendiente de sus hermanos y con todas las tareas de un ama de casa sobre sus hombros. Los contrastes de la ciudad le entusiasmaron. Las avenidas y las calles estrechas, los palacetes y los rasca-cielos, el Manzanares y las puestas de sol. Incluso la sequedad del clima le resultó exótica, acostumbrada a vivir con la humedad permanente del pueblo. Para Magali los días de descanso eran una sucesión de experiencias.

Al cabo de una semana y media trabajando en casa de la señora Requena, Magali por fin la vio cara a cara y sin la premura de evitarla. La artista desayunaba en la planta principal, cerca de la una de la tarde, mientras Magali arreglaba su dormitorio. Cuando estaba cambiando las sábanas, escuchó una voz ronca tras ella:

—Ayer no me desmaquillé y he dejado la funda de la almohada que parece un sudario.

La muchacha dio un respingo y empezó a recoger las sábanas sucias para retirarse de inmediato.

—No hace falta que te vayas. —Olvido carraspeó desde la puerta—. Solo quería saludar y darte la bienvenida.

—Gracias, señora.

Magali bajó la cabeza y soltó el hatillo con la ropa de cama para completar su faena lo antes posible. Apenas se atrevió a mirar a Olvido, que seguía apoyada contra el marco de la puerta, con el rímel corrido bajo los ojos y los labios todavía teñidos de un rojo agrietado.

Era una mujer bella aun a medio maquillar, de una edad madura indeterminada.

—Sagrario sabe elegir muy bien. Ni me he enterado de que estabas por aquí.

Se ajustó la bata de satén, se acercó a Magali y, con disimulo, se guardó en el bolsillo algo que había en la mesilla. Después la ayudó a poner la funda de la almohada.

—Llevas poco tiempo en España... Los comienzos no son fáciles, pero has tenido suerte. —Se inclinó sobre la cama

para estirar bien las sábanas—. Aunque la casa es grande, doy poca guerra.

Magali se movía por la habitación con la urgencia de recogerlo todo y asentía sin interrumpir.

— Si Sagrario está contenta contigo, aquí tienes trabajo para rato. Ya sabes, discreción y respeto, eso es lo más importante.

Olvido entró en el vestidor, en un extremo de la habitación, y salió con unas cuantas prendas de ropa entre los brazos.

— Eres muy joven, pero parece bien educada.

La artista seguía con su charla, aunque Magali no contribuía a la conversación y se dedicaba a quitar el polvo al tocador.

— Alcánzame esos botines, hazme el favor, los azules de cocodrilo. — Estiró la blusa de seda y los pantalones celestes como si vistiera a un maniquí invisible tumbado en la cama—. Aquí tengo la ropa de diario. Un día te enseñé el cuarto donde guardo los vestidos de mis actuaciones, los trajes de firma y alguna bata de cola.

Se detuvo ante la puerta del baño, se recogió la melena en un moño improvisado y miró a Magali.

— En mis giras por América estuve en tu país: una gente encantadora. ¡Cómo me quieren! — Se llevó las manos al pecho en agradecimiento a un público imaginario—. He llenado teatros, todas las salas —suspiró—. Pero hace ya unos años que no actúo más que en algún programa de televisión. A los chavales ahora no os interesa la buena música...

Olvido se aclaró la voz y entonó una de sus coplas más famosas a la vez que hacía un giro en el aire con la pierna levantando el vuelo de su bata. Se desprendió de ella para mostrar un camisón de tirantes finos que marcaba un cuerpo aún firme y siguió cantando el estribillo de su canción al cerrar la puerta tras de sí.

Cuando Magali fue a recoger la bata, cayó al suelo una foto descolorida del bolsillo. Olvido, de joven, con un niño

pequeño en sus brazos posando en una terraza. El crío sonreía y ella le miraba con una ternura que traspasaba los bordes arrugados de la fotografía. La chica se limitó a guardarla de nuevo y dejar todo ordenado.

Se llevó las sábanas y los bártulos de limpieza y salió del dormitorio preguntándose quién sería aquel niño.



Carolina y sus amigos bailaron y bebieron tanto en la fiesta que, al final de la noche, ella terminó vomitando en el baño. Con el cambio de música, sus padres se habían retirado ya y no tuvieron que asistir al espectáculo de ver a su hija desmadejada en los brazos del que nunca sería su esposo.

Alfonso se vio obligado a llevarla a casa en una condición penosa. Cuando llegaron, Brisa saltó de alegría frente a ellos y de un arañazo soltó un hilo del vestido.

—¡Maldita perra histérica!

Alfonso la apartó de una patada.

Brisa chilló.

—No basta con que hayas vomitado, también tiene que venir este chucho a destrozar el vestido en el que me he gastado una fortuna.

Carolina lo empujó y se agachó a por su perra que, lejos de asustarse, mostraba los dientes y gruñía a Alfonso.

—¡No se te ocurra acercarte de nuevo a Brisa! Eres un pedazo de egoísta.

Habría seguido gritando para echarlo de su casa, de su vida incluso, pero tuvo que salir corriendo hacia el baño para vomitar de nuevo.

Amaneció en su cama con el camión puesto y Alfonso roncando al lado, sin recuerdo alguno de cómo llegaron hasta allí. Sentía náuseas, pero ya no le quedaba nada que expulsar. Fue una mañana difícil, más por el intenso dolor de cabeza que por las continuas miradas de condescendencia que Alfonso le dedicó hasta que se fue.

Logró arrastrarse hasta el parque de Berlín para a dar un paseo a Brisa, aunque hacía frío y el cielo estaba más despejado que ella. Se sentó en un banco mientras la perra olisqueaba todo a su alrededor. Observó a unos críos que jugaban en los columpios junto a sus padres. Eran dos parejas que habrían quedado a tomar el aperitivo, una vez que los niños se hubieran cansado de sus juegos.

Uno de ellos, con gorro de leñador canadiense con orejeras, abrochado bajo una barbilla carnosa, y embutido en un anorak azul, corrió torpemente hasta Brisa perseguido por su madre. Se apoyó en la rodilla de Carolina con una manita llena de hoyuelos y señaló con un dedo minúsculo a la perra.

—¡Guaguau!

Miró a Carolina con ojillos chispeantes.

Ella le acercó a Brisa, sabiendo lo dócil que era, y miró a la madre esperando su aprobación. La mamá se agachó junto al niño y comentó que el pequeño sentía devoción por los perros y corría detrás de todos los que veía.

El niño tocó a Brisa con suavidad y emitió una risita alborotada. Repitió la acción con la complicidad de la perra, que bailaba en torno a él en busca de sus caricias.

El crío se sentó en el suelo para poner su cabeza a la altura de Brisa y la besó, lo que provocó que el animal le llenara las manitas de lametazos. Carolina intentó pararla antes de que la madre y el niño se espantaran, pero los dos parecieron entender la reacción y hasta jalearon la muestra de afecto.

—Vamos a tener que encontrarle un perrillo, está obsesionado —aclaró la madre antes de llevarse al niño en brazos.

No quería separarse de Brisa.

El pequeño movió la mano para pedirle a la perra que se fuera con él, mientras repetía «Guaguau, guaguau» como un lamento, con la cara enmarcada por el borrego que asomaba de su gorro.

Brisa gimió. Tampoco quería separarse del niño.

La escena del parque ocupó el vacío de la tarde del domingo. En lo más frío del invierno de Madrid, a Carolina le ardía una desazón en el pecho. En su vida faltaba esa ternura, una conexión única como la que había unido a Brisa con el niño. Su corazón estaba reprimiendo demasiado amor como para malgastarlo más.